



**La temible guerra submarina:  
*Greyhound* (2020, TV), de Aaron  
Schneider**

Por IGOR BARRENETXEA  
MARAÑÓN

El cine bélico nunca pasa de moda, como tampoco la temática de la Segunda Guerra Mundial. Y, desde luego, hay que destacar que muchas producciones actuales lo han dotado de un realismo inimaginable tiempo atrás, con la introducción de los efectos digitales. Su minuciosidad en la recreación de muchos aspectos de la batalla, desde ángulos y perspectivas imposibles, en los que el mismo espectador parece estar inserto, es digno de elogio. Películas como *Dunkerque* (2017) o *1917* (2019) han continuado

una senda en la que el cine es capaz de hacernos retroceder al pasado de una forma increíble.

Otros aspectos son, sin duda alguna, los errores o licencias que se dan en esta clase de producciones (unas veces imperceptibles, otras más evidentes), para que su narrativa sea sostenible en la pantalla o, fundamentalmente, su intención final.

*Greyhound* nos sitúa en 1942, en plena batalla del Atlántico. EE. UU. ha entrado de lleno en la contienda y necesita trasladar a sus hombres y el material de guerra al frente europeo. En medio, se halla el mar Atlántico y, por supuesto, los temibles *U-Boots* germanos dispuestos a impedir que eso suceda. Muy pronto se convertiría en una caza implacable. Alemania ya jugó estas mismas cartas en la Gran Guerra, con un resultado mucho mejor, dicho sea de paso, con el fin de hundir la economía británica.

En esta ocasión, no solo se trataba de cercar de nuevo las islas, sino de impedir ese trasvase de fuerzas desde América a Europa. La epopeya que nos cuenta trata, precisamente, de una misión en la que uno de tales convoyes debe atravesar la zona denominada el Hoyo, donde los barcos aliados no contaban con protección aérea contra las temibles *manadas de lobos* diseñadas por el almirante Dönitz. Los submarinos solían operar de forma autónoma, individual o en grupo, cuando el sistema de convoyes hacía más difícil el ataque. Estos grupos eran las *manadas*. Cuando se detectaba la presencia de un convoy, varios submarinos acudían a la zona para atacarlo desde distintos puntos y, sorteando a la escolta, hundir la mayor parte de los transportes.



En este caso, el polifacético Tom Hanks, como comandante Ernest Krause, está al mando del buque Greyhound, quien lidera la defensa del convoy. Su papel recuerda al que le hizo tan célebre en *Salvad al soldado Ryan* (1998), hombre sencillo y noble, aunque esta vez como lobo de mar. La historia no ofrece concesiones con un ritmo trepidante, centrándose, casi excesivamente, en la acción bélica

propriadamente dicha, salvo dos momentos en los que el capitán se encuentra con la mujer a la que ama. En uno, al inicio, esta rechaza su propuesta de matrimonio hasta que acabe la contienda y, en el otro, el comandante piensa en ella en mitad de la batalla, que le sirve de inspiración para volver a su lado, junto a sus firmes convicciones religiosas.



A partir de ahí, la trama va desarrollándose con una meticulosidad

y una estrategia narrativa intensa, desde el momento en el que se detecta al

primer submarino, y lo hunden, hasta que bajo el amparo de la noche los *lobos* atacan al convoy. El filme refleja las tácticas y técnicas que existían entonces para esta lucha entre los barcos de superficie y los submarinos, la

importancia del radar y del sonar, si bien menos precisos que los actuales y, cómo no, la relevancia de las maniobras evasivas y el control de las distancias, en un mar Atlántico gélido y frío.



Todo ello se codifica de una forma muy acabada. En cambio, en los aspectos humanos, se reduce todo ello al brillo de la acción, a la camaradería, a las relaciones vinculadas al ejercicio de las labores de mando o de lucha, subrayando, ante todo, un realismo automatizado y trepidante. Así, la discreta y serena figura de Hanks sobresale como protagonista absoluto. Sin tiempo para comer, sufriendo la falta de sueño, una dolorosa rozadura en los pies, tras haber caminado por la cubierta de arriba abajo dirigiendo las maniobras del barco, preocupado por esta caza sin tregua, buscando la manera de impedir los golpes de la *manada*.

Sin embargo, hay dos piezas que fallan en el conjunto. Los submarinos alemanes aparecen retratados como *tiburones* sedientos de sangre, odiosos y aguerridos, que incluso transmiten a su homólogo un mensaje por radio (dudo que sea verídico) de ira, desafío y muerte. Poco o nada tiene que ver con el filme *Das Boot* (1981) o la más reciente serie *Das Boot* (TV, 2017) que en modo alguno justifica el nazismo pero que nos retrata a jóvenes alemanes

padeciendo, desde otra perspectiva, la vida en esos ataúdes de metal submarinos. En este sentido, la historia, insisto, refleja con una autenticidad muy fina la crudeza de este combate en el mar, se siente y se percibe la tensión, en pugna con un enemigo invisible (o casi) que puede aparecer en cualquier parte y cuya misión es destruir la flota. Y, así, frente a la sutil caracterización (personal y religiosa) que lleva a cabo del comandante aliado, el papel de los alemanes queda, por el contrario, totalmente deshumanizado (como ya sucedía en las películas antes mencionadas), y acaba convirtiendo la pugna en un simple duelo a muerte entre los U-Boots y el destructor.

En este tramo final, el que los germanos decidan lanzarse con rabia contra el Greyhound tiene poco sentido, de cara a que la misión de los submarinos era atacar a los barcos mercantes y no emprenderla con los barcos de guerra, contra los cuales estaban en clara desventaja y eran muy vulnerables. En todo caso, a pesar de este fallido, a nivel histórico, clímax, el conjunto es un digno homenaje a

aqueellos hombres que contribuyeron de *otra manera* al esfuerzo de la guerra. No en los campos de batalla terrestres, sino en el mar, impidiendo que sus camaradas de armas acabaran en el fondo del océano. Su labor fue esencial para la liberación de la Europa ocupada y su abnegado sacrificio fraguó la victoria. El pero está en que, una vez más, este *nuevo* cine se reafirma en tratar al *enemigo* como si no fuera de carne y hueso, y sí un *animal* sediento de sangre (sin autocrítica a la guerra misma). En este sentido, el largometraje logra su propósito de subrayar el heroísmo sencillo, pero se olvida de criticar el fondo perverso de los conflictos, aunque en conjunto, acaba

por dar la sensación de ser un capítulo largo de una miniserie.

**T.O.:** Greyhound. **Productoras:** Playtone, Filmnation Entertainment, Bron Studios, Zhengfu Pictures, Creative Wealth Media Finance y Sycamore Pictures (Estados Unidos, 2020). **Dirección:** Aaron Schneider. **Guion:** Tom Hanks (Novela: C.S. Forester). **Música:** Blake Neely. **Fotografía:** Shelly Johnson. **Intérpretes:** Tom Hanks, Elisabeth Shue, Stephen Graham, Rob Morgan, Manuel García-Rulfo, Lee Norris, Karl Glusman y Tom Brittney.

**Color.** 92 min.

**Premios 2020:** Critics Choice Awards: Nominada a mejores efectos visuales y Satellite Awards: Nominada a mejores efectos visuales



